

MONOGRÁFICO

HUMANISMO E ILUSTRACIÓN: HORIZONTES CULTURALES

Coordinado por

MARÍA ASUNCIÓN SÁNCHEZ MANZANO

Universidad de León / Instituto de Humanismo y Tradición Clásica

Nota preliminar

HUMANISMO E ILUSTRACIÓN: HORIZONTES CULTURALES

Humanism and Enlightenment: cultural horizons

MARÍA ASUNCIÓN SÁNCHEZ MANZANO

Universidad de León / Instituto de Humanismo y Tradición Clásica

CESXVIII, núm. 28 (2018), págs. 7-13

DOI: <https://doi.org/10.17811/cesxviii.28.2018.7-13>



Esta colección de artículos que componen el fascículo monográfico tiene su origen en el Congreso Internacional *Humanismo e Ilustración: horizontes culturales*, celebrado en la Universidad de León en febrero de 2018 y organizado por el Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII de la Universidad de Oviedo y el Instituto de Investigación en Humanismo y Tradición Clásica de la Universidad de León. Los trabajos ahora publicados, sometidos al habitual proceso de revisión por pares, responden en esencia al espíritu de dicho encuentro, que buscaba revisar las evidentes pero complejas conexiones entre la tradición clásica, el Humanismo y el siglo XVIII; y que proponía abordar, desde diversas disciplinas y metodologías, las líneas que atañen a la pervivencia, transmisión, difusión, influencia, evolución, recepción, la apropiación de los valores y el patrimonio clásicos y humanistas en el siglo XVIII.

En la transición de los valores culturales, se han estudiado algunos aspectos indicativos de la presencia de algunos rasgos característicamente humanistas en obras del Siglo de las Luces. El gozo de la vida, la esperanza en las facultades del hombre que investiga el universo, el descubrimiento de las pasiones en la confrontación dialéctica, y en la batalla, componían todavía en estas obras, espléndidas imágenes de distinta intensidad y brillo. La imprenta proclamaba, como la mitológica Fama, una multitud inmensa de palabras. Por este medio, la recuperación del comentario de textos —que había sido una práctica muy fecunda para el dinamismo cultural en la Antigüedad— facilitó la adopción de un sinnúmero de perspectivas desde las que considerar el pensamiento, la literatura y el arte.

A esta posibilidad de lectura de una gran variedad de testimonios del pasado, se añadió en el siglo XVIII el interés por contextualizarlos y ordenarlos en su tiempo y lugar, acumulando toda clase de noticias que aclararan su composición y los motivos que los informaban. Y esta perspectiva permitió percibir la dignidad que estimaban los antiguos en el hombre, e hizo sentir la urgencia de volver a definir esa dignidad humana en un nuevo contexto social y político. Cuando Marin Mersenne comentaba en su obra *La vérité des sciences* (1625) la revolución científica del *Novum Organum* de Francis Bacon, definía ya en el personaje del empirista los fundamentos de la ciencia moderna:

Il faut seulement vous souvenir que toute sorte d'alteration qui se fait dans les choses materielles, n'empesche pas que nous ne conoissions quelque chose, car nous sçavons pour le moins qu'il y a de l'alteration, et que nos sens ne sont point deçeus par leurs propres obiects, quand toutes les circonstances necessaires sont observées et que la raison peut facilement corriger les deceptions des sens par la conionction et para la separation des suiéts divers, en confrontant plusieurs experiences, les unes avec les autres, par lasquelles nous sommes tellement assurez de la vérité qu'il ne reste plus rien que de l'embrasser...

De acuerdo con esta actitud hacia el conocimiento, hemos encontrado en el contraste entre las diferentes experiencias de investigación unas pequeñas luces de la verdad sobre aquella evolución en la lectura de los mismos textos antiguos. La lectura que realizaron Mayans y Vicente Blasco de los poemas de fray Luis es también un indicio de la actitud de respeto hacia las obras de quienes se propusieron valientemente emular a los clásicos. Un guiño en la revisión de la obra de Erasmo, una vez superados los crueles debates confesionales, permitía dirigir una mirada de estima hacia los logros del erasmismo español en un nuevo contexto, según señala María Llum Juan Liern. Por eso, el marco cultural, que don Gregorio contribuyó a definir, avanzaba también una nueva forma de humanismo cristiano, libre de supersticiones. La honradez intelectual de fray Luis como profesor y exégeta de la Biblia exigía a los eruditos una mayor profundidad en los estudios. A la par que se manifestaba esta necesidad, la inspiración bíblica en la literatura no oscurecía el recuerdo de los frondosos valles délficos y de la accidentada orografía de la Arcadia.

De esa naturaleza poblada de Musas, náyades y sátiros, se adoptó una perspectiva diferente. El fomento del trabajo como actividad propiamente humana, que requería una preparación y una técnica guiada por la experiencia, redimensionaba la concepción del hombre en relación al universo natural, dentro de un complicado mundo construido a su medida en las sociedades modernas. De ahí que surgiera con urgencia el debate sobre la libertad. Y en ese ámbito de la relación del individuo con los demás, el arte ofrecía recursos imposibles de controlar desde las instituciones tradicionales, según demuestra el artículo de Pascual Santos, Manuela Caballero y Laura Santos.

Pero también se volvía a los propios clásicos. María Jesús García Garrosa destaca los gustos de la sociedad ilustrada en la compra de obras por suscripción. La afición a la historia de la Filosofía se hacía patente en la estima del apresurado relato de Diógenes Laercio, a la vez que adquiría mayor difusión oratoria la de Isócrates, que proponía un ideal de convivencia cívica. Pero también el universo de las letras acogió una gran diversidad de participantes y de

lectores. La información sobre nuevas publicaciones incentivaba la tarea editorial, y aún hoy es posible advertir cómo se mantenía el interés por las obras antiguas que habían editado los humanistas. Los relatos breves afianzaban la popularidad de las obras extensas, en tanto que con la lectura de Tito Livio y Plutarco se recuperaba la memoria de los hombres ilustres que llevaban adelante sus empresas con el favor de los antiguos dioses.

Nuevas formas de relato progresaron en verosimilitud, para que la historia verdadera afianzara el interés por los personajes que en la lejana Antigüedad o en la misteriosa Edad Media habían dejado semblanza de sí en la literatura. Por su parte, el mito recogía selectas interpretaciones, especialmente cuando albergaba escenas brillantes en los hermosos salones de nobles y burgueses, según la recreación que ha aportado Adela Presas. Todavía la *Filosofía secreta* de Pérez de Moya ofrecía a los artistas fábulas que representar, sobre todo aquellas anécdotas del relato mítico que complacían tanto en las reuniones sociales. El adorno musical y las ingeniosas palabras del texto suplían la carencia de una decoración lujosa, pues el encuentro de la velada ya era por sí una ocasión memorable. Pero la extensión de este teatro exclusivo para un público selecto en los colegios de la Compañía de Jesús alcanzaba una mayor influencia social cuando trataba temas alegóricos con un interés didáctico.

En todo caso, la dramaturgia difundía el conocimiento de muchos mitos clásicos ya a lo largo del XVII, cuando los vientos de Francia animaban la recepción anterior en territorio ibérico; y, como estudia Joana Castaño, en Portugal, Manuel Figueiredo instruido en Aristóteles y Horacio, volvía sobre las aportaciones de Sá de Miranda, António Ferreira y Camoens. En cambio, bien defendía María Martín Vidales aquel retrato neoclásico que reflejaba también la idealización de los rasgos individuales en la perfección y armonía con que se representaba el mito antiguo, y ejemplos de ello no faltaban en Gran Bretaña. Ciertamente este género de pintura se perfeccionó durante el siglo XVIII y llegó hasta Goya (así, en el retrato de la Marquesa de Santa Cruz).

Cuando la evolución del gusto estético desarrollaba una perspectiva distinta sobre la pintura mitológica, surgió el debate acerca de la honestidad de las imágenes. Este asunto es una muestra inequívoca de la transformación del marco cultural. En efecto, cuando Lactancio criticaba detalles concretos de los relatos mitológicos en sus *Institutionum diuinarum libri*, como si los habitantes del Imperio hubieran creído verdaderamente alguna vez en ellos y aún significaran algo en la forma de vida de sus contemporáneos, el cristianismo había cambiado las relaciones del hombre con lo sobrehumano y las había elevado a un plano trascendente. Por eso Philip Deacon, siguiendo a Vincenzo Ferrone, reivindica el nuevo humanismo del siglo XVIII, y destaca la definición de ese

marco en la cultura española. Ciertamente ya no es la cultura del humanismo renacentista, por muchas obras clásicas que se leyeran y comentaran, sino una visión del hombre fuera de la naturaleza, actuando sobre ella por medio del conocimiento y de la técnica. Al igual que Lactancio y su siglo habían dejado de creer en los dioses de Roma, los ilustrados ya no creían en la «divinidad» de los autores clásicos, e intentaban encontrar una utilidad práctica desde la educación a su descreído manejo de lo antiguo.

De este modo, la dimensión del individuo, un microcosmos abierto al universo, se desdibujaba en el concepto general de «humanidad», para preparar al esforzado burgués a sacrificarse generosamente por una patria nacional. Así, los deberes humanos superarían las fronteras determinadas por las «guerras justas», para franquearlas en la definitiva paz feliz del progreso razonable. El rechazo de la tortura demuestra en qué dirección se mueve la mirada de los «nuevos humanistas» del siglo XVIII.

Cuando esa mirada tendida al horizonte imaginaba el crecimiento de la «otra España» en la orilla atlántica, la gran aventura de la colonización inspiraba versos heroicos desde las dos perspectivas geográficas. De una parte, dejando a un lado los mitos del pasado, por primera vez los nacidos en la vieja Europa disfrutaban de recursos naturales inagotables, en una tierra feraz de increíble belleza. Si la evolución de las ciudades ofrece el testimonio de los progresos en la integración cultural de los territorios, desde las *Ordenanzas de descubrimientos, nueva población y pacificación de las Indias* de Felipe II (1573) se observa el desarrollo de un urbanismo bien planificado. Pues, aunque el plano de la ciudad seguía originalmente a Vitruvio y a Vegecio, además conservaba las condiciones prácticas que facilitaban la vida social y comercial en América. Dos siglos de colonización y un buen avance de la economía indiana sufrieron un importante retroceso cuando las manufacturas locales no pudieron competir en calidad con los productos importados de Europa. Sin embargo, al espacio público de las plazas americanas llegaron las ideas que transformarían la forma de vida en esas poblaciones definitivamente. La ocasión de aumento de las ciencias no fue desaprovechada, y los habitantes mismos pudieron disponer de los beneficios de las plantas crecidas a los dos lados del Atlántico, admirar su crecimiento en los jardines botánicos y mejorar la salud pública.

Por otro lado, la sociedad criolla mantenía el deseo de participar de la antigua cultura europea, lo que se proyecta también en las artes literarias, como demuestra Marina Paniagua con su estudio de la *Gaceta mexicana*, significativo botón de muestra de la presencia de los clásicos en América. Convencido de la extraordinaria dignidad de la gesta de Hernán Cortés, Saavedra de Guzmán había escrito el poema heroico *Peregrino Indiano* (1599), pero Claudia García

Minguillán rescata del olvido la obra de Bernardo de Balbuena, que mereció recrear el género bajo una luz de ambas orillas en su *Bernardo o Victoria de Roncesvalles* (1624) para dar motivo de controversia a los preceptistas posteriores, y modelo que imitar a algún erudito.

En el seguimiento de la estela que conduce a la revalorización de los diversos aspectos que caracterizaron la Ilustración hispana, esta colección de estudios contribuye a mostrar, por una parte, la vigencia del humanismo renacentista, y por otra, la línea de transformación de aquella cultura que despreciaba al vulgo, en una perspectiva más abierta, mediante la lectura y la enseñanza, a capas más amplias de la sociedad. El cambio de perspectiva se realizó en ocasiones mediante la negación de formas literarias y artísticas anteriores que todavía habrían podido ser fecundas en el caso de encontrar nuevos cultivadores. Sin embargo, los intereses de las nuevas generaciones eran distintos, como también las exigencias de los críticos.

Las revoluciones de la Filosofía acompañaban todas esas exigencias de la vida social que animaba la senda del progreso. La técnica y la aplicación cada vez más sistemática de las conclusiones de los ensayos experimentales permitieron acceder a un concepto más ajustado de la causalidad, y no solamente en los estudios de ciencias: también alcanzó una revisión de los usos y evolución del lenguaje literario, la caracterización de las formas genéricas, la búsqueda de los orígenes de cada fenómeno, de cada proceso natural y humano. La cultura literaria y artística daba ocasión de convivencia y colaboración, aunque no se alcanzara en todos los casos una utilidad inmediata.

Por fin, el ocio volvía a ser un espacio de cultura, en el que se admitía que no todo lo escrito podría ser útil o delectable, sino que valía la pena dedicar tiempo al recreo de la literatura. Con la esperanza en el futuro mejor, se estimulaba el deseo de felicidad, que no habían alcanzado los humanistas con su afán de conocimiento de los nuevos y antiguos textos. Del Humanismo a la Ilustración se pueden destacar muchos más aspectos, pero valga la colección que presentamos para dirigir la mirada hacia esta fecunda continuidad, que no solo advierten los lectores en las bibliotecas, sino que la perciben cuantos exploran las raíces de nuestra cultura contemporánea.